

Viernes 14 agosto 840.

(2 reales.)



LA PSIQUIS, PERIODICO DEL BELLO SEXO.

NUMERO 24.

Situacion de las mugeres en la Europa moderna.



A Prusia ofrece una prueba de la facilidad con que las mugeres participan de las diversidades que producen las costumbres, usos y tendencia de los espíritus. Su sagacidad se manifiesta en el partido que saben sacar para su existencia. El espíritu del gran Federico dejó en aquel reino un colorido guerrero, una especie de filosofía, que era el caracter distintivo de su gobierno. Como tenía grande amor al poder, y grandes medios de sostenerlo, este era el contrapeso de su filosofía; pero sus sucesores no tan grandes ni victoriosos dejaron más imperio á las ideas liberales, las cuales se han extendido. Las



mujeres siempre de acuerdo con el espíritu dominante en el momento, han cultivado las ciencias y las letras. Pocas de ellas se distinguen lo suficiente para crearse un nombre; pero la generalidad no carece de instrucción, acaso un poco pedantesca. En un país guerrero donde los hombres viven en los campamentos y guarniciones, y donde la primera existencia es militar, queda poco tiempo á la galantería. Sin embargo existe en Berlín, pues no hay lugares ni climas en que el amor no egerza su imperio.

Si Berlín ofrece el cuadro de una sociedad de mujeres científicas, filósofas y tal vez pedantes; en Polonia por el contrario se halla toda la coquetería y amabilidad de las francesas: parece que la naturaleza en las maneras, formas y elegancia haya querido establecer una marcada afinidad entre dos naciones tan distantes entre sí. Las polacas hablan bien el francés; y sus costumbres, su afición á la sociedad, y las amables producciones de su espíritu las aproximan también á las francesas.

Grandes trastornos políticos han conducido la Polonia á su destrucción, y las alternativas de un gobierno inestable, el cual ha dejado poco pie á las mujeres para influir en los negocios. La estremada magnificencia de los grandes señores daban al sexo la existencia brillante que le conviene. Mas aunque ha cambiado de suerte, no ha cambiado de carácter; y ya permanezcan en su patria destrozada, ya viajen por otros países, llevando quiera el deseo de agradar, el atractivo embeleso, aquel espíritu, aquella mezcla de dignidad y gracia á que nadie se resiste.

Aseguran algunos que el recato de las damas rusas les hace juzgar con severidad á las polacas; y que llaman liviandad al amable movimiento que estas difunden en la sociedad. Semejante fallo prueba mas injusticia en las primeras que falta en las segundas. En Rusia las mujeres naturalmente graves, tienen una flemma aparente, la cual da á sus formas sociales una especie de tirantéz opuesta á las gracias de las polacas. Las rusas son menos vivas y coquetas; pero la galantería no se halla mas desterrada de San Petersburgo que de Varsovia, con la diferencia de que el atractivo se disfraza con mas cálculo, los obsequios se rinden con mayor misterio, y la felicidad se cubre con un velo mas tupido. Esto depende del carácter y educación. Puede ser también que las mujeres orgullosas del privilegio que les da parte en el trono, y de contar en su seno á una Isabel, á dos Catalinas, hayan afectado naturalmente una dignidad conveniente á su posición en el estado. Encargadas de los detalles domésticos, y educación de los hijos, á la cual presiden hasta cierta edad, dirigiéndolo todo, escepto las tierras que quedan á cargo de los maridos, en una palabra descansando todo en ellas, resulta de aquí una consistencia natural que las engrandece á sus propios ojos, y da al aire de algunas cierta altivez inspirada por su posición.

EL PUENTE DE LOS NOVIOS.

Conclusion.

A pesar del diluvio y huracan que rugia me detuve para contemplar al desgraciado; y toda mi atención se hallaba concentrada en él, cuan-

do un ruido de pasos y un suspiro congojoso me distrajeron haciéndome volver la cabeza. Era Praxedes que de lejos seguía á su infortunado hijo. Reconocióme, y señalóme á Renzo sin hablar, pero con un gesto y espresion incapaces de explicarse. Retirámonos al abrigo de un peñasco situado debajo de un abeto, y desde allí nos pusimos á observar lo que hacia.—Dios mio, tened piedad de mi hijo, exclamó la madre desolada: no me quiteis el único apoyo de mi vejez, por esa maldita muger. Y volviéndose á mí, pálida y deshecha en lágrimas, decia apoyando su cabeza sobre mi hombro:

—Mis presentimientos se han cumplido. ¡Ah! los presentimientos de una madre jamas fallan.—No os desaniméis, le respondi: el infeliz no ha podido dominar el imperioso movimiento de un primer dolor.—Morirá, añadió Praxedes. Es demasiado profunda la herida.... ¡Qué noche, si supierais! ¡Qué noche tan terrible fue la pasada! Apenas vuelto en sí del desmayo que le causó la primera noticia de la traicion de Agatina, corrió á la aldea como un furioso, y yo tras él. El huracan que amenazaba, habia apagado las hogueras, é interrumpido las danzas y los cantos. Parece que Dios condenaba unos regocijos que causaban la desesperacion de una pobre criatura. Cada cual se marchaba por su lado, y Agatina asida del brazo de su venturoso dueño y seguida de su padre, loco de alegría, se dirigia corriendo hácia la casa del cura, para ponerse á cubierto de la tempestad que iba á descargar. En aquel instante se presenta Renzo desfigurado y convulso.—Libradme de Renzo, gritó Agatina á su nuevo amante, estrechándose contra su seno.—¡Librarte de mí! rugió Lorenzo: ¡con que ya sientes, traidora, los remordimientos de tu delito?—Libradme, libradme, seguia gritando. A tales clamores acudieron todos al rededor de la novia; el pastor corrió, y los criados del rico propietario se interpusieron. Renzo fue separado de Agatina, y las puertas de la iglesia parroquial se cerraron detras de la perjura. Algunos amigos volvieron á Lorenzo á su casa, esforzándose en consolarle: el mismo cura se unió á ellos, y pronunció las palabras de consuelo y paz que le dictaba su santo ministerio. Pero él no escuchaba ni oia; entregado á un espantoso delirio, ardia en calentura. Así pasó toda la noche sin atender á mis consejos y lágrimas, con los brazos cruzados, paseando la sala á largos pasos, sin responderme una palabra siquiera, como si no fuera su madre. Al amanecer volvió en sí.—Es preciso que yo la vea solo una vez, dijo entre dientes, y luego cúmplase la voluntad de Dios.—Dicho esto salió presuroso.

IV.

Mientras así hablaba la buena madre, la lluvia habia cesado. El sol empezaba á brillar al traves de densas nubes, y á disiparlas. Los labradores volvian á sus acostumbradas tareas; caminando por las verdes sendas: los pastores se veian por las montañas llevando delante las ovejas que balaban: todo el valle renacia á una nueva vida. Lorenzo se levantó del sitio donde se habia tendido, y aplicaba el oido y la vista hácia lo hondo del valle. La campana de la aldea dejó oír acentos festivos, á los cuales respondian desde lejos voces de alegría.

Allí está, gritó Renzo con una voz tan fuerte que llegó á nosotros á pesar de la distancia á que nos hallábamos. Y por una escarpada senda echó á correr hácia el valle.

—¡Hijo mio! ¡hijo mio! gritó la madre, esforzándose en alcanzarle en

cuanto su edad y ages lo permitian. A poco rato los perdí de vista, entre las sinuosidades de la montaña.

Al sonido de la campana nupcial habia salido de su cabaña la jóven desposada, acompañada de su padre y varias vecinas, vestida con lujo, hermosa sobre todo encarecimiento, pero inquieta y pensativa. Conociase que una voz interior la turbaba, presagiándole algun infortunio. Para ir á la iglesia tenia que atravesar el torrente; pero éste venia hinchado y arrastraba bramando sus turbias y cenagosas aguas, irritado por la reciente tempestad, de suerte que era forzoso alargar el camino, y pasar por el puentecillo de madera echado sobre el barranco. Renzo tiró por la via mas corta, y llegó por la orilla derecha al puente, cuando la novia llegaba por la izquierda. Lorenzo se prosternó delante de ella con las manos estendidas. El padre y las amigas de Agatina se detuvieron mirándolos, llenos de pasmo y sin atreverse á proferir una sola palabra.

Escúchame, Agatina, escúchame, dijo Lorenzo, por la última vez. Yo te amo no obstante tu traicion, y te amo con desesperacion. ¿Estás resuelta á llevar hasta el extremo tu infidelidad? ¿Respóndeme, lo estás?

—Renzo, dijo Agatina, haciendo un esfuerzo sobre sí misma, las cosas han llegado ya á tal punto, que es imposible volver atrás. No habiamos nacido el uno para el otro.

—¿Y tus promesas, cruel? ¿y tus juramentos? ¿y la boda proclamada ante el altar? ¿y el anillo, mi anillo que llevas aun en el dedo?

Agatina se avergonzó, y mirando su mano, advirtió en ella el anillo de Renzo, que no sé por qué casualidad habia hasta entonces conservado, y se apresuró á sacarlo del dedo.

—Abi lo teneis, añadió la ingrata con trémula voz, presentándoselo.

Entre tanto sonaron en los oidos de Lorenzo cantos de regocijo, y el dichoso rival rodeado de una risueña multitud de gente se acercaba al puente, á encontrarse con su querida.

—Aun es tiempo, dijo Lorenzo rehusando el anillo. Una palabra, Agatina; una sola palabra, y sálvame de la desesperacion.

—¡Agatina! exclamó el novio, sorprendido al ver á Renzo postrado ante ella.—Entonces Agatina cobró ánimo.

—Dájame, Renzo, ya no es tiempo; toma el anillo; y se lo arrojó á los pies con un gesto de desden. El anillo dió un salto y cayó al agua.

—Tómalo, gritó la miserable, y dió un paso atrás para desasirse de Lorenzo.

—Ven conmigo á tomarlo, replicó éste levantándose con un movimiento convulsivo, con ojos terribles é inflamados, y se precipitó sobre ella.

—¡Socorro! gritó Agatina á su padre y amigos que corrian hácia ella. ¡Socorro! Pero en vano: la accion de Lorenzo fue un relámpago: ambos rodaron hácia el torrente.

Todo socorro fue inútil. Las furiosas é hinchadas olas envolvieron á ambas víctimas, las arrastraron un momento, y luego se cerraron sobre ellas.

Es inesplicable la consternacion que produjo en la aldea la vista ó la relacion de la catástrofe. No hay idioma capaz de traducir el dolor de la madre de Lorenzo.

Fueron recogidos los dos cadáveres, que se mantenian todavía es-

trechamente abrazados; y fueron sepultados en una misma huesa fuera del recinto del cementerio en un lugar solitario; y el puente de madera, teatro de tan trágica escena, fue reedificado en piedra tal como existe hoy, elevándose la capillita que hay en él en memoria de los desposados, y por el descanso de sus almas.—Allí la pobre Praxedes, que se había vuelto loca, arrastraba su triste existencia hacia 20 años, contando á todos los pasajeros sus desgracias y el deplorable fin de su hijo, hasta que fue recogida, como se dijo arriba.

HISTORIA ANTIGUA.

Suplicio de Juana del Arco, conocida por el nombre de Doncella de Orleans.

Sabida es la historia de esta valerosa jóven, que salvó su patria de las manos de los ingleses; y como despues de señalados triunfos cayó en poder de sus enemigos que la condujeron al suplicio; pero las circunstancias de éste no son tan conocidas que no merezcan un distinguido lugar en este periódico, é interesar en favor de aquella desgraciada víctima del fanatismo.

Un lunes, 28 de mayo de 1431, el obispo de Beauvais y el vicario de la inquisición se trasladaron á la cárcel donde estaba Juana, acompañados de tres asesores, del conde de Warwick y de varios oficiales ingleses. Cuando la vieron vestida en traje de hombre se escitó un murmullo entre los asistentes, y muchos gritaron: «Ya está cogida, ya está cogida.» La pobre Juana tenia la frente maltratada, los vestidos en desórden y el cabello tendido. Cuando el obispo de Beauvais le preguntó por qué había vuelto á tomar el traje varonil, no se dignó contestar; repitióle la pregunta, y respondió que porque le gustaba mas que el otro. Añadió por fin, que le placia mas y le parecia mas decente, pues siempre estaba entre hombres; que haria cuanto la iglesia le ordenase, si la libraban de sus cadenas, y la permitian ir á misa y recibir la comunión. El vestido de hombre fue el verdadero pretesto que sirvió para preparar el trágico fin de Juana. Sin embargo el obispo le preguntó si escuchaba aun *sus voces*; á lo que contestó, que sus voces se habían dejado oír varias veces; diciéndole que había injuriado á Dios, negando cuanto había hecho y dicho en nombre del mismo Dios y de sus santos; añadiendo que jamas había pensado revocar sus revelaciones, y que si había abjurado, solo era por temor del fuego. Tal fue el último interrogatorio de la desventurada Juana. El obispo al salir de la cárcel dijo riendo al conde de Warwick: todo va bien; palabras que fueron repetidas con alegría por los asistentes, y anunciaban el próximo fin de la víctima.

El siguiente día 29 de mayo Juana fue declarada relapsa, herege, y se decidió quedaba entregada á la justicia secular. La noble jóven debía comparecer aun una vez delante de sus jueces. Al amanecer del 30 de mayo, vió entrar en su prision al hermano Martin que había asistido al proceso, y era uno de los mas empeñados en consolarla. Venia á anunciarle su sentencia y exhortarla á la penitencia y contrición. «Cuando se le dijo la muerte que iba á sufrir, dice un testigo ocular, comenzó á hacer dolorosas y sentidas exclamaciones, y á agitarse y arrancarse

los cabellos. ¿Cómo se me trata con tal crueldad, que mi cuerpo que he conservado limpio y puro, sea hoy consumido por el fuego, y reducido á ceniza? ¡Ah! mas quisiera que me degolláran siete veces que perecer así quemada. Si hubiese estado en la cárcel eclesiástica, y entregada á la custodia de la gente de iglesia, y no de mis enemigos, no me hubiera cabido suerte tan desgraciada. Apelo á Dios de la grande injusticia y agravio que se me hace.”

Consolóla el hermano Martin, y le dijo se preparase á morir. Entonces Juana se confesó devotamente, y deseando comulgar, el obispo dió el permiso. Pero lo que prueba el odio y animosidad de los espíritus contra la Doncella, fue que se le llevó el viático sin estóla, ni cirios, ni alguna de las solemnidades de la iglesia católica. El hermano Martin escandalizado, reclamó ante el prelado, y entonces el vicario de una parroquia vecina llevó con mucha solemnidad el sacramento de la Eucaristía, cantando las letanías, y rogando por la infortunada víctima. Juana recibió la comunión con abundancia de lágrimas. Entonces llegó el obispo de Beauvais, y dijo á Juana: llevad esto en paciencia. «Moriréis porque no habeis cumplido vuestra palabra”; y la doncella respondió: «¡Ah! si me hubiesen metido en las cárceles eclesiásticas, y en manos de guardas competentes, no sucedería esto, y por ello os cito ante Dios.”

Las nueve daban en el reloj de la casa consistorial de Ruan, y la carreta que debía conducir á Juana al suplicio aguardaba ya en el patio del castillo. La doncella era objeto de una escrupulosa vigilancia. Martin l'Advenu, y el hermano Isambart la Pierre permanecieron junto á ella. El primero, uno de los asesores del proceso, era de los que habian aconsejado á Juana someterse al Papa y al Concilio de Basilea, y este amistoso consejo por poco le cuesta la vida. El hermano Isambart era otro de los asesores; cuando interrogaban á Juana se colocaba junto á ella aconsejándola por medio de signos y gestos. Irritado el conde de Warwik, le quiso hacer arrojar al Sena. Massieu era el tercer amigo de Juana; y por haber manifestado algun interés hácia la pobre muchacha en el curso del proceso, el obispo le habia amenazado hacerle beber agua *mas de lo necesario*, en términos que el mismo Massieu confiesa que enfermó de susto.

Llegada la hora, Juana salió de la cárcel y subió á la fatal carreta, cubierta de un largo trage de luto, y llevando sobre la cabeza la corona de la inquisición y en ella escritas las siguientes palabras. *Apóstata, herege, bruja* etc. Martin y Massieu se colocaron uno á cada lado; el hermano Isambart la seguía á pie. (Se concluirá.)

LAS LAGRIMAS.

Sentimiento y dolor las elaboran,
Nacen del corazon ensangrentadas,
Y al salir de los ojos que las lloran
Se convierten en perlas liquidadas.
Son rocío en la cuna, forman fuentes
Fáciles, fugitivas, tan hermosas,
Que brillan en los ojos inocentes,

Y vagan entre risas que dan rosas,
Son de fuego en la edad que con el manto
De la grata ilusion vestida asoma,
Cuando detrás del vidrio del encanto,
El mundo es de oro y la muger de aroma.

Fecundas en el sexo cariñoso
Nutren de amor la inestinguible llama,
Débiles en su origen abundoso
Son la fuerza del ser que las derrama.

Aquellas que deslizan las primeras
En seno virginal que baja y sube
Con la gasa sutil, son hechiceras;
De ellas se forma el Iris en la nube.
Ellas son las que aroman el espacio,
De ellas tambien se nutre la flor pura,
De ellas bebe el colibri de topacio,
Que es ave delicada en miniatura:

O cuajadas en perlas y diamantes
Escarchan las angélicas sandalias
Y los apretadores rutilantes,
En unos cielos de ámbar y algalias.

Son rosas blancas de oloroso aliento
Las de agraciados é inocentes niños,
Y alfombran el celeste pavimento
Y los tronos de púrpuras y armiños.

Del varon esforzado en los enojos,
Las llora el corazon, y en él se ensañan,
Quieren buscar salida por los ojos,
Y las hiela el valor, no los empañan.

Malvado corazon al llanto es muerto,
Las espinas del mal solo retoña:
No busqueis gotas de agua en el desierto:
¿Qué hallaréis en las vivoras? ponzoña.

Si lágrimas vertís en desconsuelo,
Que inundan vuestro seno y vuestras manos,
Benedicid un llorar que es don del cielo,
Que nunca robar pueden los tiranos.

Una lágrima hay dulce y de delicia,
Que nos arranca un bien que poseimos,
Envuelta en un recuerdo de caricia
De un amor, puro y santo que tuvimos.

Si tras ella una luz de la esperanza
Viene á aliviár mi pena congojosa,
Estrella que asegura la bonanza.....
¡Déme el cielo esa lágrima dichosa!

JUAN AROLAS.

MODAS.

CORSES.

Debiendo en el número siguiente dar un padron de corsé de los mas modernos y elegantes, no será fuera de propósito describir alguno de los que andan mas en boga, con lo cual nuestras lectoras podrán á poca costa proveerse de una parte de trage que forma digámoslo así, la esencia de la figura; supuesto que de algunos años á esta parte ha sufrido alteraciones y mejoras tan importantes.

Medio corsé para por la mañana. Estos corsés son de ocho á diez pulgadas de alto, guarnecidos de trecho á trecho ó todo al rededor de ligeras ballenas. Desde luego ofrecen la forma de la parte superior de un corsé ordinario; pero la espalda se termina por dos bandas anchas que se atan por delante por medio de una veta. Son sumamente cómodos para vestirse por las mañanas, cuando hay prisa, ó bien para ir al baño. Pueden hacerse de cuti blanco en verano, ó de nankin color gris en invierno. Generalmente van forrados de lienzo fino análogo al color del vestido. Este forro mantiene el corsé, contribuye á su elegancia y duracion, y aunque es algo caliente, creemos debe admitirse.

Corsé-cinturon. Este corsé en dos partes distintas y separadas es enteramente semejante á la *cintura charretera* que se llevaba hace 30 años. En el número siguiente irá el padron en pequeño, y su descripcion correspondiente. Entre tanto solo diremos que el tal corsé se usa ó bien en lugar del medio corsé, ó bien sobre el corsé ordinario, siendo útil principalmente á las señoras, á quienes la demasiada gordura aconseja la necesidad de comprimir y redondear las formas, pero sin clase alguna de incomodidad ó violencia.

MODAS DE VALENCIA.

Vestido de moaré color de miel oscuro con muestra pequeña del mismo color; guarnicion, un ruló pequeño, con una guarnicioncita á tablas hácia arriba y otra hácia abajo, dejando medio dedo de vestido por la parte inferior de dicha guarnicion. Hechura de peto con camiseta de batista bordada. Aderezo de plata afiligranado, y mantilla blanca de blonda, que caiga por detrás un palmo mas abajo de la cintura: en ambos lados de la cabeza un lazo de cinta del color del vestido.

No hallándose corriente la tirada de los padrones del *corsé de garruchas*, se suplica á las Sras. suscriptoras disimulen la falta, previniendo que en el número siguiente irá dicho padron correspondiente á este; y ademas el figurin de Paris que á aquel corresponde, si se ha recibido como esperamos.

VALENCIA.

IMPRESA DE MANUEL LOPEZ.

1840.